

CLVII.

Creed que si los buenos sucesos vienen de los dioses, los buenos deseos vienen de nosotros (1).

CLVIII.

Puede suceder que tengais que consultar á vuestros amigos en

(1) Esta máxíma tiene relacion con lo que dice Horacio: *Det vitam, det opes; æquum mi animum ipse parabo*: que Júpiter me dé la vida y las riquezas: yo me daré á mí mismo la moderacion; pero la tal máxíma no es conforme á las ideas cristianas, las cuales nos representan á Dios como autor de todo lo que hacemos, de todo lo que decimos, y de todo lo bueno que pensamos.

cosas sobre las quales temais el abriros enteramente; en tal caso, hablad de ello báxo el nombre de un tercero, y como de un negocio que os es indiferente; por este medio sabreis cómo ellos piensan sin comprometeros.

CLIX.

Quando querrais tomar consejo de otro para vuestros negocios, exâminad desde luego cómo administró éste los suyos: qualquiera que ha arreglado mal sus propios negocios, apenas manejará mejor los de otro.

CLX.

Nada os hará deliberar con mas madurez, que el reflexionar los inconvenientes de las resoluciones precipitadas: jamás se

cuida mejor la salud , que quando se meditan las conseqüencias desagradables de una enfermedad.

CLXI.

Si vivís junto á los Reyès, tomad sus costumbres y sus usos (1). Viendoos tomar parte en sus gustos , creerán que los aprobais ; y éste es el medio mas simple de atraeros la consideracion del público , y el favor del Príncipe.

(1) "Tomad sus costumbres y sus usos" sin duda , con tal que estas costumbres no sean malas , y estos usos no sean criminales ; de otro modo , esta máxima no será jamás de una sana moral.

CLXII.

Obedeced las leyes establecidas por los Monarcas ; pero mirad sobre todo su voluntad , como la ley suprema. Con el pueblo es menester un cierto tiento en una democracia ; pero en una Monarquía , solo el Soberano debe agradarse (1).

CLXIII.

Quando esteis colocado , no empleéis á los hombres viciosos,

(1) Escribiendo Isócrates á un jóven educado , báxo un gobierno popular , y trasplantado á la Corte de un Monarca , le recomienda la mas perfecta sumision á la voluntad del Príncipe , báxo cuyas leyes vive.

[108]

pues debéis persuadiros á que os imputarán quanto malo hagan ellos.

CLXIV.

Salid de vuestros empleos mas estimado, que rico: los elogios del público son preferibles á las riquezas.

CLXV.

No protejais, ni defendais una accion mala, porque os crearán capaz de hacer lo que disculpais á otro.

CLXVI.

No os descuideis en elevaros en poder sobre los demas; pero mostraos justo en vuestra elevacion con todo el mundo: de este modo verán, que el dar á cada

[109]

uno lo que le es debido, no lo haceis por debilidad, sino por un espíritu de equidad.

CLXVII.

Preferid siempre una pobreza sin tacha, á las riquezas mal adquiridas: éstas no pueden sernos útiles sino durante la vida; en vez que la providad nos colma de la gloria, hasta despues de la muerte. Las unas no suelen ser sino el patrimonio de los malos, y la otra la porcion de las gentes de bien.

CLXVIII.

No envidies la fortuna del malo que prospera, sino mas bien, la suerte del hombre de bien, que no merecia sufrir. Este, aun quando de presente no tenga

[110]

ventaja alguna , tendrá siempre sobre el hombre injusto la dulce esperanza de un dichoso por venir.

CLXIX.

Contentaos con tener un cuidado razonable con vuestra persona , y cultivad cuidadosamente vuestro espíritu. Un buen entendimiento , es lo que hay mas grande en el hombre , reunido á lo que hay mas endeble.

CLXX.

Fortificad vuestro cuerpo con el trabajo ; y vuestro entendimiento con el estudio : lo uno os servirá de instrumento para executar lo que habreis resuelto , y lo otro os ilustrará en las resoluciones que debais formar.

[111]

CLXXI.

Antes de hablar , pensad lo que vais á decir : la lengua en muchos , previene la reflexion.

CLXXII.

No habéis sino quando estéis perfectamente instruido , ó quando os halleis obligado á romper el silencio. Solo en este caso , vale mas el hablar , que el callar ; fuera de esto , mas vale callar , que hablar.

CLXXIII.

Nada hay estable en este mundo. Tened siempre presente esta verdad , y no os dexaréis , ni transportar de la alegría

[112]

en la prosperidad , ni abatir tampoco por el dolor , en la desgracia.

CLXXIV.

En los buenos ó malos sucesos , no os alegréis , ni os afligáis sin medida , y no expongáis jamás á la vista del público vuestro gozo ó vuestra tristeza. Es extraño , que mientras se tiene tanto cuidado en ocultar el dinero , se publiquen por todas partes con indiscrecion los sentimientos que se experimentan.

CLXXV.

Temed mas la infamia , que el peligro : solo el malo es quien debe temer la muerte ; el hombre de bien , solo debe temer la ignominia.

[113]

CLXXVI.

No os arrojéis al peligro sin necesidad ; pero si os es preciso correr las fortunas de la guerra , no temáis sino la vergüenza , y no busqueis vuestra prosperidad sino en vuestro valor. El morir es el destino comun de los hombres ; pero el morir con gloria , es el privilegio del hombre virtuoso.

CLXXVII.

Para inspiraros mas el gusto de las cosas honestas , pensad que no existen otros placeres verdaderos , que los que ellas procuran. En el estado de una floxa indolencia , y en una entera satisfaccion de los sentidos , la pena sigue de cerca al placer ; se em-

Tomo IV. H

[114]

pieza por lo uno, y se acaba por lo otro: en vez que los esfuerzos y los sacrificios, que piden la práctica de la virtud, y la atención á arreglar sabiamente la vida, son siempre recompensados con un deleyte sólido y puro: el placer viene despues de la pena. Ahora, en todas las cosas, la memoria de lo pasado es mucho mas viva que el sentimiento de lo presente; y ordinariamente quando nos inclinamos á una acción, es menos por la acción misma, que por lo que debe resultar de ella.

CLXXVIII.

Imaginad tambien que los hombres sin principios tienen el derecho de hacer todo lo que quieren: sobre este tono se han

[115]

anunciado en el mundo; pero los que se pican de ser regulares, no sabrian, sin merecer la desaprobacion del público, ser descuidados en la práctica de la virtud.

CLXXIX. (*)

Mas importa á los Estados, que á los particulares, el huír de los vicios, y practicar las virtudes. El hombre impío y perverso puede morir antes de sufrir la pena de sus delitos; en vez que los Imperios, que en

(*) Las máximas siguientes son extractadas de diversos discursos del mismo autor: ellas ofrecen cada una diferentes puntos de moral, que no tienen conexión alguna entre ellos.

H 2

[116]

algun modo son inmortales , dexan á los dioses y á los hombres el tiempo de castigarlos.

CLXXX.

Ordinariamente se está dispuesto á tratar con maña á los que están prontos á defenderse; en vez de que tanto mas se exige , quanta menos resistencia se encuentra en ellos.

CLXXXI.

Por estimable que sea el que es moderado por carácter , debe estimarse mas á aquel que lo es por reflexion y por principios. Todo hombre que solo es virtuoso por instinto , puede mudar por capricho ; pero quando á una feliz propension se une la conviccion de que la virtud es

[117]

el mayor de los bienes , debe presumirse , que jamás se apartará de los sentimientos que ella inspira.

CLXXXII.

Nada hay en la naturaleza que sea bueno ó malo absolutamente ; el mal ó el bien resulta del uso y de las circunstancias de las cosas. En la felicidad es preciso desear la paz , porque un estado de tranquilidad , es mas propio para asegurarnos el goce de los bienes que hemos adquirido ; en la desgracia , es necesario pensar en la guerra , porque en medio de la turbulencia y del tumulto , y por el atrevimiento en las empresas , se podrá ver cambiarse la fortuna.

H 3

[118]

CLXXXIII.

No todos deben obrar del mismo modo en las mismas circunstancias; cada uno debe arreglarse á los principios que desde luego adoptó.

CLXXXIV.

La floxedad de un pueblo no se manifiesta menos en las deliberaciones relativas á emprender una guerra, que en el modo de hacerla. La fortuna tiene la mayor parte en los sucesos de los combates: las resoluciones de una república denuncian sus verdaderos sentimientos.

CLXXXV.

Lo que hace y mantiene floreciente á un Estado, ni es la

[119]

fuerza, ni la hermosura de las murallas, ni una grande multitud de hombres juntos en un mismo recinto, sino la excelencia y la sabiduría del gobierno. El gobierno es para una república, lo que la razon para un hombre: él es el alma de ella: él solo hace encontrar recursos en todos los negocios; aleja las desgracias, y fixa la felicidad. Ciudadanos, Ministros, leyes, todo se forma sobre él; y la dicha de los pueblos, depende de la bondad del régimen político.

CLXXXVI.

Las hazañas de nuestros antepasados pueden hacer honor á aquellos, de sus descendientes, que se esfuerzan á seguir sus huellas; pero ellas llenan de ver-

H 4

[120]

güenza á los que por su molicie y sus desórdenes deshonran tan noble origen.

CLXXXVII.

Todos los hombres aspiran á la dicha ; pero no todos saben lo que puede conducirlos al término ; y cada uno tiene su modo de ver. Hay quien vea como corresponde el fin que se propone , y que se pone en estado de llegar á él ; y otros toman una ruta enteramente opuesta , y jamás le alcanzan.

LCXXXVIII.

El sabio no pierde el tiempo en deliberar acerca de lo que ya sabe ; y obra con arréglo á sus propias luces. Luego que determina , lejos de creerse ilus-

[121]

trado sobre lo por venir , se persuade á que nada puede saberse sino por conjeturas , y á que la sola fortuna puede decidir del suceso.

CLXXXIX.

Si se ha encontrado una multitud de remedios para las enfermedades del cuerpo , solo hay uno eficaz para los vicios , que son las verdaderas enfermedades del alma ; y éste es el sufrir que nos reprehendan valerosamente nuestras faltas. En efecto , ¿ no sería una inconseqüencia bien extraña , el aguantar las operaciones mas dolorosas , como el hierro y el fuego , para precaber mayores males , y empezar por desechár consejos , antes de saber si son útiles ?

[122]

CXC.

Las esperanzas deben fundarse, menos sobre las faltas de sus enemigos, que sobre el estado de sus negocios, y sobre la sabiduría de sus consejos. Los sucesos favorables debidos á la imprudencia de otro, son de corta duracion, y están sujetos á tristes mutaciones; en vez de que los que no se deben sino á sí mismo, tienen una base sólida, y son menos expuestos á una mudanza.

CXCI.

Nada hay tan dañoso como el poder sin límites, envidiado de todos los hombres: él perturba el sentido y la razon á los que se entregan á él; en una

[123]

palabra, puede compararse á las cortesanas, cuyos atractivos pierden á los que se abandonan á ellos.

CXCII.

Los beneficios que se reciben en la estrechéz, son los que menos se olvidan.

CXCIII.

La dureza del carácter es tan perjudicial á nosotros mismos, como á los que nos rodean: en lugar de que la dulzura se hace amar, no solamente en los hombres, en los animales, y en todos los seres, sino tambien en los dioses. Llamamos habitantes del olímpo á las divinidades bienhechoras; y damos

nombres mas tristes (1) á las que presiden á las calamidades y á los castigos. Los particulares y los pueblos elevan templos y altares á las unas, en

(1) Estos nombres corresponden á las palabras francesas, *dañosos*, *perniciosos*. Las divinidades que presidian á los castigos, eran las furias y otras. Aunque las furias tuviesen un altar en Atenas, en el Areópago, á fin de revocar el juicio que este Tribunal habia pronunciado contra ellas en favor de Orestes, ordinariamente no se les erigian altares á estas clases de divinidades, ni se les hacian sacrificios; se trataba solo de apaciguarlas con ceremonias que llamaban *apompai*, ceremonias que miraban á alejar el mal que ellas hubieran podido hacer.

tanto que se contentan con apaciguar á las otras con ceremonias lúgubres, sin honrarlas ni en las plegarias, ni en los sacrificios.

CXCIV.

Si no tenemos todos sino un cuerpo mortal, los elogios prodigados á la virtud, y á la duracion de un hombre ilustre, nos hacen participar de la inmortalidad, cuyo deseo debe sostener é inflamar nuestro valor.

CXC V.

En general se colma de alabanzas á aquellos que desean aumentar ansiosamente y sin cesar, el tesoro de gloria que poseen; mientras que aquellos hombres fuertemente adictos á los objetos que el vulgo admira, no

[126]

son mirados sino como almas vi-
les é interesadas.

CXCVI.

La muerte en medio de las
armas, no es siempre gloriosa : el
morir en la guerra es bueno pa-
ra los padres, los hijos y la pa-
tria ; pero quando muriendo no
se hace mas que ocasionar su
ruina , ajar su gloria y aniqui-
quilar el fruto de los sucesos
pasados , la muerte entonces no
es mas que una ignominia.

CXCVII.

La fuerza y la ligereza pe-
recen con el hombre ; y las cien-
cias y las artes le sobreviven , y
subsisten siempre para provecho
del género humano. Con res-
pecto á estas reflexiones , deben

[127]

las gentes sensatas estimar sobre
todo á los ciudadanos justos y
sabios que los gobiernan , y des-
pues de estos , á los compatrio-
tas que los honran con sus ta-
lentos. Los hombres distinguidos
en todo género , hacen célebre
á su patria , y por ellos solos
se juzga de todo un pueblo.

CXCVIII.

Ordinariamente no se pon-
deran , ni estiman tanto los hi-
jos que hacen revivir padres es-
timables , como , por exemplo,
aquellos que , nacidos de padres
duros y crueles , manifiestan in-
clinaciones enteramente opuestas.
Y en general , se está mas satis-
fecho con un bien inesperado,
que con una ventaja que se es-
peraba con justicia.

Hacer el elógio de una virtud extraordinaria, no es menos difícil, que alabar un mérito mediano. Aquí faltan las acciones al orador; y allá, los discursos faltan á las acciones.

CC.

Infinitamente vale más el estar suficientemente instruído en las cosas esenciales, que conocer con perfeccion las inútiles; y tener alguna superioridad sobre los otros en los objetos interesantes, que brillar en las penosas bagatelas.

CCI.

Reprehender con deséo de ofender, es papel de un acusa-

dor: reprehender con el deséo de corregir, es el oficio de un amigo que desea ser útil; y es menester juzgar diferentemente del mismo discurso, pronunciado con diferentes intenciones.

CCII.

El servicio de la patria era para los Atenienses (1), no un comercio en que tuviesen que ganar, sino un ministerio en donde pagaban sus personas. El primer cuidado, luego que en-

(1) Esto es lo que dice Isócrates de los Atenienses, en el mas hermoso tiempo de su administracion, del Tribunal del Areópago, en sus mas hermosos dias, y de la atencion que prestaban para formar la juventud.